

# DESPIPORRE NACIONAL

---

Mientras el mundo anda por derroteros cada vez más peligrosos que pueden mandar a la humanidad a la estratopausa (límite superior de la estratosfera) sin paracaídas, nuestro país es como un sainete disparatado de los hermanos Álvarez Quintero. España se mueve temerariamente entre lo grotesco y lo bufo por un lado y lo inculto y lo inmoral por otro. Los españoles hemos asumido que el fin justifica los medios y el dicho de “a vivir que son dos días” se ha convertido en el eslogan preferido de una sociedad cada vez más aletargada, conformista, insulsa y sobre todo estúpida.

Los acontecimientos que se producen en nuestro país, un día sí y otro también, son el claro ejemplo de un pueblo que desconoce su pasado (incluso el más reciente), que no tiene ningún interés por su futuro y que vive un presente desde la inmediatez, el todo vale y la trivialidad.

Hemos enterrado en el olvido las “virtudes del alma” de las que ya nos hablaba **Platón** y el humanismo cristiano. Educar en la excelencia ha perdido todo el sentido en nuestro país, es más, es un término en desuso como “esfuerzo” o “sacrificio” para una masa cada vez más cretinizada que diría **Juan Manuel de Prada**.

La mayoría de nuestros coetáneos carece de unos valores que sí tenían nuestros padres y abuelos quizás porque no tuvieron una vida fácil y por que habían recibido una educación de sus ancestros basada en la cultura del esfuerzo y la bonhomía. Hoy hemos cambiado la prudencia es decir, el saber dilucidar bien el momento adecuado para proceder, por la precipitación, la temeridad y la insensatez; y el coraje y la valentía, para decidir y resolver los problemas que nos va planteando la vida, por la cobardía y la desidia. Hemos creado, sin darnos cuenta, una sociedad cada vez más insensata, pusilánime, timorata y medrosa incapaz de hacer frente a los retos que la vida nos plantea.

Gran parte de nuestros jóvenes carece de iniciativa y sus inquietudes son banales y anodinas. Están acostumbrados a que otros (sus padres) o las instituciones (el estado) les saquen las castañas de fuego, viven en los “mundos de Yuppy”. La templanza y la moderación no tienen cabida en una colectividad que ha dado rienda suelta a sus bajos instintos. El “todo vale” es

hoy la religión que más se practica almibarada por el buenismo que es una enfermedad moderna del alma –que como dice el escritor **Humberto Pérez-** hemos convertido en un sustituto barato de Dios. El resultado de esta sociedad enferma en la que nos ha tocado vivir son los acontecimientos esperpénticos, indecorosos u obscenos que cada día son noticia en nuestro país.

Nuestro sistema político ha pasado de ser una democracia (gobierno del pueblo) a convertirse primero en una partidocracia (gobierno de los partidos políticos) para acabar siendo ahora una patocracia (gobierno en manos de personas con trastornos de personalidad). Lo peor de esta situación es que la mayoría del pueblo soberano se siente cómodo con este dislate y ya no se cuestiona nada sólo vegeta y, lo más que hace, es algún comentario más o menos crítico en charlas callejeras, en tertulias de bar o en las redes sociales; nada que conlleve intentar modificar los derroteros a los que nos está llevando este absurdo nihilismo que gran parte de la población profesa.

Dice el **Sr. Feijóo** que tenemos la peor clase política de los últimos 45 años sin percatarse que, esta nefasta clase política, es el reflejo de la sociedad a la que representa. Tenemos seguramente la sociedad más estúpida y con menos ideales e inquietudes de nuestra historia.

Aceptamos las mentiras más esperpénticas de nuestros políticos a sabiendas de que nos están engañando, pero además les seguimos dando nuestra confianza. Hemos aceptado que nuestros dirigentes tienen el derecho a engañarnos y lo aplaudimos con nuestro voto.

La corrupción es una práctica habitual que, aunque nos cabrea un poco, la consentimos como algo irremediable. Muy pocos pagan por ese atraco recurrente a las arcas del estado o por aprovechar su estatus para, con información privilegiada, hacer negocios espurios. Esta banda de mangantes utiliza sus cargos públicos para delinquir amparándose en una inmunidad obscena y si son juzgados, muchos de los delitos han prescrito o se les imponen penas ridículas, todo menos devolver lo robado y acabar en la cárcel.

El ecologismo de pantuflas y mesa camilla ha conseguido hacer creer, a una sociedad que necesita tranquilizar su conciencia, que es culpable del deterioro de este planeta y que está destinada a preservarlo para que lo puedan “disfrutar” las generaciones venideras. Las consecuencias de esta

doctrina, aparentemente tan loable, es que ya nos creemos cualquier pamplina que nos cuenten cuatro espabilados que, utilizando la buena fe de algunos, se han hecho los amos de los recursos del planeta y están imponiéndonos un modo de vida acorde a sus intereses que, desde luego, no son los del orbe.

Las redes sociales se han convertido en el desahogo de una parte importante de la población. Se opina de todo (se sepa o no), se critica todo, se mete uno con todos, se enseña todo y se entera uno de “todo”, verdad o mentira. La coartada perfecta es cuando, sobre todo, se utilizan desde el anonimato, la impunidad y la cobardía.

El femicomunismo, convenientemente difundido, ha conseguido el enfrentamiento entre hombres y mujeres y, lejos de conseguir la igualdad que ya casi nadie niega, ha creado una animosidad que nos ha llevado a una violencia física y psíquica que ha deteriorado gravemente la convivencia.

La tontuna del personal ha llegado a extremos tan ridículos que se ha cambiado el tener hijos por tener perros. En un ataque masivo de “animálitis” hemos abarrotados nuestras calles, plazas y jardines de cánidos de toda clase y condición mientras se deja de procrear. Sustituir la compañía de otras personas por la de animales es ya una práctica habitual, en algunos casos y de forma obligada por la deshumanización de la que “disfrutamos”.

Cuando escribo esta parrafada faltan apenas 48 horas para que se realicen las elecciones en las provincias Vascongadas y, según todos los indicios, miles de ciudadanos optarán entre votar a los nazionalistas extorsionadores o a los no menos extorsionadores filoterroristas. La insolidaridad, la indecencia, la inmoralidad y la deshonestidad serán las “virtudes” que llevarán a una masa decrepita a elegir entre Tirios y Troyanos.

Lo dicho, este país es un despiorre, pero esta juerga la tendrá que pagar alguien y mucho me temo que a las próximas generaciones les va a salir muy cara.

Damián Beneyto

P.D: De las elecciones del principado de Cataluña ya hablaremos...